

# Variaciones de independencia

BALTASAR PORCEL

LA VANGUARDIA, 11.05.09

Se le reprocha al político Carretero que ofrezca o invoque la independencia de Catalunya sin adjuntar pruebas de su bondad ni de cómo alcanzarla. Pero ya existen cientos de estudios y soflamas que creen justificarlo. López Bofill ha vuelto a insistir en ello. Lo que falta, en todo caso, es un tambor del Bruc que a partir de ahí galvanice a las masas.

Pero esto tampoco lo consigue dicho líder en teoría rupturista, pues sólo ha levantado pasiones entre la minoría política y mediática que ya estaba al loro, aunque no como opción práctica posible, sino como añeja cascada de casuística verbal convertida en profesión o vocación. No pasa como con el Barça en Madrid, un palizón, no. Por ello, habrá que ver qué ocurre en las próximas elecciones europeas, si algún partido acoge el discurso independentista y lo presenta como programa, y comprobar cuantos electores lo siguen. De momento, asomarlo sirvió para dividir aún más el nacionalismo entre ERC y CiU, sin dañar para nada a España.

Pero igual que criticamos al Gobierno por su escasa operatividad frente a la crisis, una especie de seudofilosofía del absentismo, así el tema separatista catalán parece pacer en los idílicos cerros del Vallès, sin que a nadie afecte en sus vidas, aunque sí a ciertos sentimientos.

Luego, resultaría curioso que los citados comicios sirvieran, como pretende el PP, para blindar su nacionalismo. Además, el posible independentismo se equivoca al creer que no importa quedarse al

margen de las vías reales, cual una incontaminada y perenne reserva ecológica, a punto para purificar el medio ambiente cuando haga falta. Pero lo que no alienta se ahoga. En Euskadi, pese al mucho gimoteo, o debido a él y a la kale borroka, hasta el PP está en la lehendakaritza. Con el PSOE, y no por rocambolescas divagaciones sino por mera razón de volumen físico y mental, y que se llama España, u orden estatal, menos ajena a muchísimos catalanes que no piensa el catalanismo irredento. Además, ni Catalunya ni España no debieran constituir montañas estratificadas, sino entidades en curso, feliz o fatalmente darwinianas. Por tanto, por fuerza cambiantes en su formulación accidental. Excepto en los versos de fray Luis y de mossèn Cinto o en la prosa de Pla y Clarín, verdad última del país, aunque tantos crean que esta reside en la lista de sus presidentes de la Generalitat o de los gobiernos, al fin retahíla de anonimatos pretéritos. Aunque, ojo: a Europa eso de Carretero le importa poco. Y España, que vuelve a limar el catalán en el Estatut, ahora quiere encandilarnos pagando su traducción para que lo usemos en alguna oficina de Bruselas, nunca en el eje del Estado de Madrid. Quizá seamos poca cosa, pero nos tienen por menos echándonos por ahí a chapurrearlo. Pero lo que queremos es razonar donde nos entiendan.